

podrá decir que las riquezas son el ídolo universal, que por decirlo así, sustituye entre los cristianos el lugar que ocupan los otros ídolos en el gentilismo? ¿Adonde se fué aquel desprendimiento tan recomendado en el Evangelio, aquel desapego del corazón, tan propio de los discípulos de Cristo? ¿reina por lo menos entre aquellas personas, que consagradas á Dios especial y solemnemente, están obligadas por su mismo estado á no aspirar á otra herencia que á la herencia del Señor? ¿Qué indigna cosa sería, si despues de haber dejado por amor de Dios todos sus bienes, conservasen apego y amor á ellos! ¿qué desorden tan lastimoso, si subiesen al altar con un corazón profanado por el amor á los bienes temporales! ¿Pero qué impiedad será la de aquellos, que habiendo hecho voto y profesion de pobres, quieren tener las mismas conveniencias que los ricos, gozar de sus comodidades, sin cargar con sus pensiones; y en una palabra, despojarse de todo en público, pero solicitando que nada les falte en secreto! ¿Con qué cara se gloriará de ser discípulo de Cristo el que conserva una pasión y un apego tan contrario al espíritu del Evangelio? Ciertamente si el desapego del corazón á los bienes temporales es necesario con necesidad de precepto aun á las personas del mundo, ¿con qué tranquilidad de conciencia podrán los eclesiásticos y los religiosos conservar apego á ellos?

No permitais, Señor, que mi corazón se deje jamás prender de esos bienes terrenos. Quiero ser discípulo vuestro, y mediante la asistencia de vuestra divina gracia quiero tambien poseer todas las virtudes, y todos los requisitos de tal.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos. (*Matth. 5.*)

Si abundares en riquezas, no pongas tu corazón en ellas. (*Psal. 61.*)

### PROPOSITOS.

1 Siendo Dios el autor de todas las condiciones y de todos los estados de los hombres, ninguno por sí mismo está escluido de la patria celestial. Tanto derecho tienen á ella los ricos como los pobres, y en su misma condicion encuentran los medios que han menester para ser santos. La comparacion del camello; las fuertes espresiones del Evangelio, que á la verdad son poco ventajosas á los ricos; los anatemas que fulmina la Escritura contra los hombres poderosos y opulentos; todo esto solo prueba la dificultad de salvarse en un estado donde todo tienta y todo lison-

jea las pasiones. Pero no son precisamente las riquezas las que forman esta dificultad, sino el apego del corazón á ellas. Quiere Dios que haya ricos en el mundo; pero no quiere que pongan su corazón en sus tesoros, y esto es lo que raras veces sucede. Examinate tú, y mira si te hallas en el caso. Mira, dice S. Gregorio, si en lugar de poseer los bienes temporales, no estás tú poseído de ellos; si tú los posees á ellos, ó ellos te poseen á tí. ¿No tendrás nada que reformar en ese apego, en esa codicia, en esa ansia por adquirirlos? No quiere Dios que descuides de tus bienes temporales, antes quiere que los cuides, que los adelantes; pero no quiere que hagas de ellos tu ídolo. Si quieres ser su discípulo, arregla desde luego tu corazón sobre este punto; y para esto haz todos los días por la mañana y por la noche un sincero desapropio de todos tus bienes á los pies de Jesucristo. Dile con sinceridad, que le rindes muchas gracias por los bienes temporales que se ha dignado concederte; pero que renuncias con toda el alma todo apego y toda inclinacion á ellos, no queriendo tener otra que á los bienes eternos.

2 Acredita este desinterés con tu conducta. Si te sucede alguna pérdida, vuélvete á Dios, y dile con el santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.* El Señor lo dió, el Señor lo quitó; y segun fué su voluntad, así se hizo; sea su nombre bendito. Ni te alegres porque se adelantan tus negocios, ni te entristezcas porque se pierden. Esta igualdad de humor, y de una conducta siempre inalterable, es la mejor prueba de tu desasimiento.

### DIA V.

#### MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES PLÁCIDO monje, discípulo de S. Benito abad, y SUS HERMANOS EUTIQUIO Y VICTORINO Y FLAVIA virgen, tambien hermana de ellos; DONATO, FIRMATO diácono, FAUSTO y OTROS TREINTA MONGES, en Mesina en Sicilia, á los cuales por la fe de Jesucristo martirizó el pirata Manuca. (*Véase la historia de S. Plácido en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN TRASEAS, obispo de Euménia en Frigia, que fué martirizado en Esmirna, en el mismo día (por los años de 177. Este Santo fué una de las mas esclarecidas lumbreras de la Iglesia de Asia.)

LOS SANTOS MÁRTIRES PALMACIO y SUS COMPAÑEROS, en Tréveris; los cuales padecieron en la persecucion de Diocleciano, por sentencia de



Riciovaro, presidente. (S. Palmacio era cónsul y patricio de la ciudad de Tréveris, así como los once compañeros que padecieron con él.)

EL MARTIRIO DE SANTA CARITINA, virgen, en el mismo día; la cual en tiempo del emperador Diocleciano y del cónsul Domicio, fué atormentada con el fuego, y arrojada al mar, y como saliese sin lesión la cortaron las manos y los pies, y la arrancaron los dientes, y puesta en oracion entregó su espíritu al Criador.

LA DICHOSA MUERTE DE LOS SANTOS HERMANOS FIRMATO, diácono, y FLAVIANA virgen, en Auxerre. (Padecieron en tiempo de Eurico rey de los visogodos por los años de 466.)

SAN MARCELINO, obispo y confesor, en Ravena.

SAN APOLINARIO, obispo, en Valencia del Delfinado, cuya vida fué esclarecida por sus virtudes, y su muerte ennoblecida con grandes milagros y prodigios.

SAN ATILANO, en el mismo día, obispo de Zamora, canonizado por el papa Urbano II. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN FROYLAN, obispo de Leon en España, en la misma ciudad, esclarecido por su anhelo en propagar la vida monástica, por su caridad con los pobres, y por otras virtudes y milagros. (Véase su vida en las de hoy.)

SANTA GALA, en Roma, hija del cónsul Simmaco; la cual muerto su marido, vivió muchos años en (una pequeña celda que mandó construir junto á) la iglesia de S. Pedro dedicada á la oracion, al ejercicio de la caridad con los pobres, á los ayunos, y á otras santas obras: su felicísimo tránsito lo dejó escrito S. Gregorio papa.

#### SAN FROYLAN, OBISPO Y PATRON DE LEON.

GOBERNANDO la Iglesia Gregorio IV, honor inmortal de la religion de S. Benito, y mandando la monarquía de España Alfonso II, llamado el Casto, por los años del Señor de 832 nació el glorioso S. Froylan, uno de los mas grandes obispos que ha tenido la iglesia de España. Fué su patria la noble ciudad de Lugo en la provincia de Galicia. Tuvo la ventura de darle cuna un arrabal de la dicha ciudad que, segun la tradicion de sus vecinos, estaba situado en donde ahora se dice *Requero dos hortos*, sitio despoblado al presente, en el cual tiene la catedral una huerta. La misma tradicion nos ha conservado el nombre de su madre, que callan uniformemente todos los monumentos antiguos. Por ella se tiene por cierto en aquella ciudad que se llamó Froyla, mujer de tanta virtud, que su cuerpo mereció un lugar distinguido en un sepulcro de mármol, que se halla en la catedral de Lugo como vara y media levantado del suelo. El docto P. Mavillon afirma que sus virtudes le trajeron en aquel obispado al alto honor de ser venerada por santa. Esta especie es comun en nuestros escritores modernos, quienes no solamente dan por



S. FROYLAN O.  
PATRON DE LEON.





sentada la heroicidad de las virtudes de esta santa matrona, sino que la confirman con la veneracion y culto que la tributan los fieles de Lugo, implorando su intercesion contra los dolores de cabeza y reumas. Afirman igualmente que una imágen que está sobre el sepulcro con hábito de monge representa á S. Froylan, y que otro sepulcro que está en la capilla mayor al lado del Evangelio es de un hermano del Santo. Todo esto prueba que aunque no se sepa puntualmente la ascendencia de S. Froylan, se puede colegir que fué gente rica, como lo acreditan los preciosos monumentos.

Como los padres de Froylan eran no menos piadosos que abastecidos de bienes de fortuna, dieron al santo niño una educacion propia de su piedad y de su clase. Apartáronle con cuidado de aquellos tratos y compañías que suelen ser el escollo de la inocencia, y en donde las costumbres comienzan á contaminarse para siempre. El cielo habia dotado á nuestro Santo de un natural feliz y de unas disposiciones cual las podia apetecer la misma virtud. Dócil de genio, humilde de corazon, apacible en sus modales, é inclinado naturalmente á lo mejor, se prestaba como una blanda masa á las santas instrucciones que le sugerian. Siendo de edad proporcionada, le aplicaron al estudio y conocimiento de las ciencias sagradas, y en ellas aprendió á despreciar el mundo y á buscar las eternas dichas. Ya en aquella edad sabia el verdadero precio de la virtud, y los medios de alcanzarla, que son la abstraccion del mundo y el trato con Dios en la oracion. Ejercitábase en ella con tal continuacion y fervor, que los efectos no podian ser ocultados por su modestia. Venerábanle como á un santo mancebo; y Froylan, puesto siempre en vela contra los tiros de la vanagloria, se veia precisado á hacer frecuentes reflexiones sobre la miseria de la naturaleza, sobre la rebeldía de las pasiones, y sobre las faltas que la delicadeza de sus ojos divisaba en su conducta para humillarse delante de Dios, y prevenirse de este modo contra los asaltos de la vanidad. Entre tanto se afianzaba en el santo temor de Dios, consideraba sus grandezas lleno de fe, y seguia el camino comenzado, aprovechando de virtud en virtud. Siendo de edad de diez y ocho años, pensó consigo mismo que debia darse un destino, en el cual sirviese á Dios con tranquilidad, y al mismo tiempo aprovechase á sus prójimos. Para este efecto deseaba ejercitarse en el ministerio de la predicacion, considerando que de este ejercicio podria resultar la conversion de muchos pecadores, y la confortacion de las almas tibias y débiles. El conocimiento que tenia de las ciencias sagradas, y los opimos frutos que le dejaban entrever sus



caritativos deseos, le tenían casi decidido. Pero por otra parte consideraba la tranquilidad y perfección de la vida eremítica, las dulces delicias que en ella encuentra el espíritu y la seguridad contra las asechanzas del mundo. Estas consideraciones le instaban por su parte á retirarse á un desierto, y hacer en él la vida que celebra la Iglesia en tantos otros solitarios.

Las conveniencias y proporciones que en uno y otro encontraba para servir á Dios, le tenían indeciso sobre el rumbo que había de seguir. En esta aflicción meditó hacer una prueba tan extraña como maravillosa por donde investigar la voluntad de Dios, lo cual era el móvil y el norte de todas sus acciones. Determinó tomar unas brasas encendidas, y aplicárselas á los labios y á la lengua, y si estos sentían la voracidad del fuego, inferir que Dios no le destinaba para el ministerio apostólico; pero si por el contrario las brasas no quemaban sus labios, concluir que de esto mismo quedaba probado, que sus eloquios habían de ser castos, y tan puros como la plata probada en el crisol; de consiguiente, que Dios le llamaba al ministerio de la predicación. Verificóse esto último, porque habiendo hecho la prueba, el fuego perdió su actividad por virtud divina, y las brasas no hicieron mas lesión en los labios del jóven que si hubieran sido rosas. Disponíase ya á emprender el oficio apostólico, bien asegurado de que Dios le destinaba como vaso de elección á la predicación de los pueblos, y á enseñar á los que estaban sentados en las tinieblas de la culpa los caminos pacíficos de la salud eterna. Había dejado poco antes la casa de sus padres, y se hallaba en medio de un desierto. Preparábase con mas oración, ayunos y penitencias al ministerio para que Dios le había elegido. Pasado algun tiempo, cuando le pareció que ya su pecho estaba tan encendido con el fuego del amor de Dios, que las palabras que de él saliesen podrian ser causa de iguales incendios en las almas de sus prójimos, determinó ir á poblado en busca de las gentes á quienes había de predicar. En el camino le dió el Señor á entender con otro nuevo milagro la complacencia que tenía en verle dispuesto á predicar las glorias de su santo nombre, y al mismo tiempo como con su mano poderosa le infundía los soberanos dones necesarios para tan grande empresa. Llegó el Santo al ponerse el sol á un sitio yermo, y cerrando la noche con oscuridad, cesó en su viaje, y se puso á descansar en su ordinario ejercicio de la oración. Gran parte de la noche había pasado, cuando súbitamente hirió en sus ojos un resplandor celestial que iluminaba toda la comarca. En medio de la claridad advirtió dos hermosas palomas, que venían volando desde el cie-

lo, una de color rosado, y la otra blanca mas que la nieve, las cuales dirigian el vuelo hácia su persona. Quedó el Santo admirado, y estando sorprendido con su vista advirtió que ambas á dos se le entraron con presteza por la boca. Pero no quedó en esto solo el milagro. Si mucho se había sorprendido Froylan con un hecho tan milagroso, mucho mas fué su admiración cuando advirtió que la una de las dos palomas le causaba dentro del pecho un ardor extraordinario, al tiempo que la otra le llenaba de dulzura las potencias y sentidos.

Sin embargo de la profunda humildad en que estaba cimentada la sólida virtud de Froylan, no pudo menos de advertir las grandes misericordias que Dios usaba con su persona. Conoció que en aquellas palomas estaba significado el Espíritu Santo, y en la diversidad de sus colores los diferentes carismas con que adorna las almas de aquellos venturosos en quienes habita. Esto mismo manifestaba el ardor que sintió en su pecho, y la dulzura de que advirtió inundada su alma, pronosticándole además los efectos felices que de su predicación resultarían. Verificóse en la realidad; porque sus sermones de allí adelante contenían en sí todo aquel espíritu de grandeza y magnificencia que derriba los mas altivos cedros del Libano, y deshace como almadena los mas endurecidos peñascos, y asimismo aquel espíritu de dulzura que atrae y encanta blandamente los mas esquivos corazones. Salióse del desierto, en donde tenía sus delicias, para emplear en beneficio de sus prójimos las gracias que Dios le había dispensado. Aunque no se sabe de cierto los lugares determinados en que ejerció su ministerio apostólico, se sabe que fueron varios pueblos y ciudades; y que en ellos correspondía el fruto de su predicación al fervor y soberanos dones del que predicaba. Ninguno oyó las vivas reprensiones que salían de su boca, sin que trocando su corazón y ablandando su pecho, no dejase los caminos estraviados por donde corría á su precipicio, y se convirtiese de veras al Señor. Los discursos de Froylan, adornados no de los vanos artificios de la elocuencia, sino de la caridad que ardía en su alma, siempre eran vencedores. Tanto los ciudadanos, cuyos vicios son finos y delicados, á proporcion de su vida, como los plebeyos y montaraces de la fe mas sencilla, y mas sensibles á las amenazas de la religion, se dejaban herir de la divina palabra segun salía de la boca de Froylan, que se pudiera llamar mas bien un horno de caridad ó un órgano del Espíritu Santo. Estos efectos maravillosos le conciliaron un aplauso y estimación de los hombres, que se componía dificultosamente con la humildad de Froylan, y con el temor que tenía



siempre de manchar su conciencia con la mas leve sombra de vanidad. Al paso que predicaba, crecia su mérito, crecia su fama, y se aumentaba su peligro. Este hizo suma impresion en el que tanto habia amado la vida solitaria, que para dejarla y emplearse en la predicacion, habia exigido de si mismo la terrible prueba de las brasas encendidas que aplicó á sus labios. Teniendo, pues, firmemente grabada en el alma aquella sentencia de que *nada le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si padece detrimento en su alma*, determinó volverse á su amada soledad á buscar en ella la tranquilidad de espíritu que habia perdido en el poblado. Andaba de monte en monte y de breña en breña huyendo el favor y aplausos de los hombres con tanto anhelo como pudiera emplear en solicitarlos el mas ambicioso. Donde quiera que encontraba un lugar oportuno á sus deseos, allí se paraba algun tanto, hacia vida solitaria y contemplativa por algun tiempo, y no queriendo tener de asiento ni aun esta pequeña comodidad, pasaba á otra breña á emplearse en el mismo género de vida.

No obstante el gran cuidado que este siervo de Dios ponía para esconderse á los ojos del mundo, la fama de su santidad se habia estendido tanto que era imposible ocultarse. Tuvo noticia de ella S. Atilano, varon santísimo, que con el tiempo fué uno de los mas grandes obispos que tuvo la iglesia de Zamora, y aun la de toda España. Estaba ordenado de sacerdote, y con la sublimidad del ministerio habian crecido en él los deseos de mayor perfeccion. Solicitaba hallar un director de su alma en quien descansar con confianza, asegurando en su piedad y luces la consecucion de la eterna ventura. Tuvo noticia de que en san Froylan se encontraban con muchas ventajas las cualidades que buscaba en su director. Dejó su patria y todas las conveniencias de la vida, y guiado de un instinto divino, se echó á buscar á Froylan por aquellos lugares desiertos en que le habia sido dicho que hacia vida eremítica, que eran las montañas de Leon. Aunque la empresa era difícil de conseguir, por ser poco menos que imposible poder encontrar en un desierto lleno de escabrosidades y quebraduras á un hombre empeñado en ocultarse de los demás hombres, Dios, que favorece las buenas intenciones, quiso que encontrase al santo ermitaño, que le manifestase sus deseos, y que Froylan le recibiese por discípulo. Gozaronse mutuamente de su santa compañía, y comenzaron una vida toda contemplativa, que seguian con el mayor fervor; pero por quanto los pueblos de la comarca tenian alguna noticia de su residencia en aquel yermo, juzgaron los santos que allí estaban mal

seguros, y que debian buscar otro asilo á su tranquilidad. Con este intento comenzaron á andar de monte en monte, hasta que finalmente llegaron á uno llamado entonces *Curcurrino*, y en el dia *Curueño*. Fuese por la aspereza del lugar, ó por lo desconocido que era á las gentes este sitio, los Santos le eligieron de comun acuerdo para mansion suya, fabricando en él unas pobres celdillas muy acomodadas á la pobreza y austeridad de su espíritu. Allí estuvieron los dos santos solitarios ejercitándose algun tiempo en la vida contemplativa. Los provechos que de esto resultarian en su espíritu, las divinas consolaciones con que serian recreados y los celestiales favores que recibirian quedaron ocultos entre aquellas breñas; pero sin embargo por lo que se vió despues se conoce que en este género de vida consiguieron sus almas considerables medras en la virtud.

El mérito verdadero tiene las mismas propiedades que la actividad del fuego y los resplandores de una gran luz; por mas que quiera ocultarse, siempre salen vanos cuantos esfuerzos se emplean en conseguirlo. Divulgóse muy en breve el lugar en donde S. Froylan hacia vida eremítica en compañía de S. Atilano, y como estaban llenos los pueblos de los admirables frutos que anteriormente habia causado su predicacion, no pudieron menos de solicitarla ahora con tanta mas ansia, quanto la privacion les habia escitado mas el deseo. Concurrían á aquel sitio escabroso grandes turbas de gentes, sin que la incomodidad de los senderos, lo largo del camino ni las inclemencias del tiempo fuesen bastante á retraerles de su concurrencia. Los magnates, los sacerdotes, el clero, hombres y mujeres todos venian en grandes tropas á aquel lugar solitario á que Froylan les anunciase la palabra de Dios, lo cual hacia el Santo con gran fruto, porque los que la oían eran temerosos de Dios, y tenian bien dispuestos sus corazones. Era grande la complacencia y consuelo que sentian en su espíritu aquellas gentes afortunadas con la predicacion de Froylan; pero eran tambien muy grandes las incomodidades y molestias que por esta causa padecian. Dejar sus casas; abandonar por largo tiempo los quehaceres de sus familias; repetir con frecuencia unos senderos peligrosos entre malezas y precipicios; esponer su salud á los ardores del sol y á las incomodidades de la lluvia, eran unos males dignos de consideracion y de remedio. Representáronselos al Santo, suplicándole al mismo tiempo que se dignase dejar aquel lugar solitario, y bajar á una ciudad, que se llamaba Viseo, en donde él no tendria ciertamente las comodidades tranquilas de la soledad; pero en recompensa tendria el regocijo de ver que á menos costa se mul-